

Union 1-6-920
603

AÑO II
Febrero, 1919.

Núm VIII



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wilfredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 585, Montevideo.

Suscripción mensual \$ 0.50

CARTA INÉDITA

Damos a continuación una carta del Dr. Angel Floro Costa, escrita en carácter confidencial el año 1904, es decir en plena guerra civil, a nuestro distinguido colaborador Alberto Nin Frías.

Desaparecidos a juicio de este último, los motivos que la hicieron conservar inédita, la ha entregado a « Pegaso » para que éste, honrando sus páginas, hiciera conocer una colaboración más de aquel brioso Caballero de las Letras que, en su tiempo, fué uno de los más sólidos cerebros y de los más temibles polemistas del Río de la Plata.

Montevideo, 26 Agosto de 1904.

Mi apreciable amigo:

Acabo de terminar la interesante lectura de su libro « Nuevos Ensayos de Crítica »—en el que Vd. consagra un largo capítulo a mi obra la « Cuestión económica de las Repúblicas del Plata ».



BPA041317

A la vez que me ha causado admiración la profusa erudición de que hace gala en esas páginas—tengo que felicitarle por la nitidez y sobriedad de su estilo de molde inglés—que deleita sin fatigas al lector.

Le agradezco el elevado concepto que le merece mi obra a la vez y los juicios encomiásticos que Vd. prodiga a su fondo y a su estilo. Es Vd. el primer joven que parece haber hecho de ella una lectura detenida—y haberle encontrado médula de observación y saber científico.

El defecto de *personalismo* que Vd. encuentra en ella, y que *dice ser peculiar a todas las obras del autor*—no es tal personalismo sino justificación de algunas de mis predicciones—legítima extorsión a los muchos ataques e intemperancias con que se ha recibido en nuestro país, por algunos hombres y escuelas, mi propaganda científica.

Era necesario cuando el tiempo que los hechos me han dado la razón—recriminar con el reproche a todos los que proponen la suerte de la patria a las míseras rivalidades lugareñas que dividen y dividirán por muchos años a los intelectuales de nuestro pequeño país.

Las restricciones que pesan sobre la libertad de la prensa y que como legislador debo respetar, me impiden contestar en extenso las censuras que Vd. me hace en- garzadas entre sus generosos encomios.

También dejo para mejor ocasión, demostrarle, por qué declino el consejo que dá con todo el candor de un joven kuáquero—de que *debiera escribir una obra seria—algo que esté por encima de las pasiones políticas, un libro de filosofía histórica de la región platense o de sociología aplicada a la sociedad sud americana* (sic).

Siento que no encuentre Vd. bastante *serias*, mis obras, de clínica sociológica—en las que me concreto a estudiar y solucionar los problemas sociales de mas apremiante actualidad—en vez de perder mi tiempo y mi musa en filosofismos especulativos en medio de los vendabales que

corremos y que mantienen desmantelada nuestra nave—y revueltos y anarquizados todos sus tripulantes.

No tengo, mi joven amigo, el poder de abstracción de aquel matemático Palamder, que nos pinta Julio Verne, entre magníficas novelas «Tres Rusos y Tres Ingleses» que fueron en comisión internacional a medir juntos en Africa un arco del meridiano Austral.

Sólo un sabio de esa flema como Palamder, podía entretenerse a hacer cálculos matemáticos sobre un islote rodeado de cocodrilos, que acechaban el momento de devorar tan sustanciosa presa.

Un consejo semejante al suyo me lo propinaba hace diez años también nuestro común amigo el Dr. Antonio María Rodríguez—deplorando sin duda, con buena intención que mis escritos de índole práctica y polemista me hubieran mas de una vez cerrado el camino de las altas posiciones oficiales.

El aventajado compatriota quizás tuviera razón bajo el punto de vista del egoísmo práctico—que desgraciadamente como los gendarmes de la opereta—llego siempre tarde a los banquetes políticos mas o menos suntuarios que se realizan en nuestro país—pero no la tiene a mi entender bajo el punto de vista patriótico y trascendental—pues estoy cierto que algo han contribuído mis iniciativas y las soluciones científicas que he propuesto,—para resolver nuestros grandes problemas sociológicos,—aún cuando hasta ahora no sea sino uno de tantos *fracasados*,—en esa obra fecunda de la regeneración nacional.

Siempre me quedará el honor de haber sido el primero sino el único de los sociólogos políticos de mi país—que se han atrevido a luchar, con una persistencia de mas de cuarenta años, contra todos los hombres y las escuelas empíricas, metafísicas y doctrinarias—y el pesar de que la juventud me haya una veces desconocido, otros renegado y no pocas lapidado—que de no haber cosechado otra cosa en mi país que decepciones, proscripciones y martirios

—cosas sin duda que conocen los que se dedican a trabajos especulativos y abstractos, y que mas de una vez hacen lo contrario en la práctica, de la moral que predicán en sus libros.

Yo al menos, cuando la juventud me lea, me estudie, me sumarie y me juzgue, tengo la seguridad, de que encontrará una armonía perfecta, entre lo que he predicado en mis libros y panfletos—y lo que he practicado en la vida social profesional y política.

Si no soy, ni he sido impecable por lo menos no he estado enrolado jamás con seduceos ni fariseos.

Tampoco he sido de los publicanos felices—ni siquiera de los cuestores arrogantes que inmolan todo al Becerro de oro.

Soy discutible y puedo confiar en el fallo de mis conciudadanos—lo que es algo siempre para los que han vivido en el santo temor de la opinión pública—que otros menos precian o posponen al santo temor de Dios—o del Diablo.

El haber fracasado en mis proyectos ni es un delito ni un disfavor. A lo sumo es un estrabismo por haber equivocado épocas y hombres—y haber idealizado demasiado.

Las utopías de hoy, bien sabe Vd. mi joven amigo, son las realidades del mañana—y estoy cierto que cuando clareen las épocas—se me hará justicia—aún cuando no se me llame, como *hombre peligroso*, a realizarlos.

He llegado a convencerme mi joven amigo—que es tiempo ya, de que abandone la escena, como los artistas viejos—antes de que ella los proscriba y el público los silbe.

He escollado en todo—pues ni he formado escuela, ni partido, ni siquiera encontrado un Pórtico como Platón, para dar mis lecciones, si es que algo he aprendido en mis viajes, o una alameda como el Stagirita, de cuya filosofía experimental soy entusiasta—como Vd. de lo Taine. Me ha salido mal hasta la *mayentica* socrática, que alguna vez, de puro ocioso, ensayé en algunas Menipeas, que

deben haber llegado a sus oídos—ese es género, que aquí, como tantos otros, no agrada al paladar artiquista de las gentes—un tanto peludas y ariscas—Vd. algún día lo sabrá por experiencia. Cuando entre a vogar en el flujo y reflujo de la vida práctica, en la que no todo son homelías, ni bucólicas, ni himnos, como los que se escriben a su edad.

Dios lo preserve del diente y la lengua de los ofidios—que cuando menos le quitaran el gusto de las especulaciones abstractas—y de corregir a esta humanidad sudamericana con epístolas a lo San Pablo.

Conserve inéditos estos renglones que le envió en carácter confidencial en prueba de la buena amistad que le profeso y reconocido a sus buenos juicios.

Su af.º amigo y compatriota.

ANGEL FLORO COSTA.
